

En efecto, ¿qué podría esperar esta pobre nación si algun indiscreto contagiase con ellas las turbas de proletarios que inundan ya algunas de sus provincias? ¿No parece sino que estamos condenados á parodiar todo cuanto malo hay en el extranjero; de modo que nuestros desbarros ni aun tienen el mérito de originales! Dos plagas hay en las naciones vecinas, que amenazan á su existencia si logran mayor desarrollo: tales son las turbas de proletarios y las sociedades de los jornaleros. La naturaleza, ó por mejor decir la Providencia, que como ya he dicho en otra parte pone la pena embebida en la culpa misma, ha condenado á las sociedades modernas á recibir su castigo en ese mismo espíritu mercantil que tanto las agita, y que viene á constituir su carácter peculiar.

Los jornaleros de quienes se sirve para sus especulaciones manufactureras han venido á ser ¡cosa extraña! los verdugos de sus mismos amos. Por otra parte, los proletarios, que sumidos en la indigencia miran con ávidos ojos el orgulloso lujo de los magnates, son otro torcedor contra su codicia y sus ambiciosos proyectos. Contagiad á estos hombres con las doctrinas del protestantismo, y vereis al punto sus reuniones convertidas en cuadrillas de foragidos; en bandas de gente insubordinada, dispuesta en cada momento á atacar la propiedad, arrollar las autoridades, y llevar por do quiera el robo, el incendio y la devastacion. Bien pronto se organizarán á la voz de cualquier complotista ambicioso que intente servirse de ellos para escalar el poder, tiranizar á sus conciudadanos, y caer en seguida derrocada por los mismos que le ensalzaron. Únicamente la Religion católica, que pone de continuo á su vista premios y castigos eternos, y la ira de un Dios vengador que escudriña el corazón, puede contener á estos infelices; pero perdidos una vez estos sentimientos, y careciendo de todo respeto humano que pudiera servirles de freno, ¿qué podrá contener á estos hombres famélicos, escualidos y desesperados? Si en pos de esto se les imbuye en una doctrina que desprecia las buenas obras, no creyéndolas necesarias para la consecucion del último fin, dispensándoles por consiguiente de la paciencia en las tribulaciones, del perdón de las injurias y del amor al prójimo, ¿que se podrá esperar de una gente tal? Verdaderamente el hombre que llegase á inspirar semejantes doctrinas á esos seres desventurados, sería mas criminal que el que diese fuego á una mina ó á una gavilla de mieses, cuyo incendio prendiese luego en los campos y en los bosques: sería responsable de todos sus robos y devastaciones; y la sangre de las víctimas que ellos inmolasen, caería gota á gota sobre la cabeza del infame que, pervirtiendo sus sentimientos católicos y piadosos, armó su mano con la tea y el cuchillo.

Pero aun es mucho mas temible que se llegase á contagiar con esas doctrinas á los hombres acaudalados, lo cual es mas probable que suceda, siendo esta religion la mas á propósito para los ricos, puesto que los deja á sus anchuras para saborearse con las delicias de este mundo, y gozar de los placeres contra los cuales se muestra tan inescorrible nuestra santa Religion. Así es que se nota en el trato de los protestantes cierto sabor de egoismo que repugna abiertamente á todo buen católico. En tal caso, colocados estos hombres en los primeros lugares del gobierno al lado del monarca, y ocupando quizá el puesto de secretarios del rey, ¿qué males no podrían temer la nación y mucho mas la iglesia?

Ademas, la introduccion del protestantismo sería entre nosotros un anun-

cio fatal de ruina y de esterminio, considerándolo como prelude de que el filosofismo prevaleciera en reemplazo, y nos hiciera correr la desastrosa carrera que hemos observado en diferentes naciones, y cuya sola memoria nos debe estremecer.

El filosofismo es una enfermedad religiosa de la sociedad, que por fortuna rara vez degenera en un mal crónico, pues mas bien tiene el carácter de enfermedad aguda: por consiguiente, cuando un pueblo llega á padecerla, no le queda mas recurso que morir ó sanar luego. Lo primero se verifica avanzando hácia el indiferentismo, que es la agonía de las religiones; lo segundo retrocediendo hácia su antiguo estado de salud y robustez, que es el catolicismo.

Parece á primera vista que no hay diferencia entre el filosofismo y el indiferentismo; con todo, yo creo que hay entre ellos la diferencia que entre el movimiento y la inercia: aquel es la lucha, este otro la fatiga que resulta de ella; el primero es la causa, el segundo el efecto: en una palabra, el filosofismo es un delirio febril, pero el indiferentismo la calma de la desesperacion. Segun esto podemos discurrir que la carrera es la siguiente: catolicismo, protestantismo, filosofismo é indiferentismo.

Me parece que ningun español amante de su patria querrá degradarse hasta el punto de caer en una indiferencia religiosa, que le acarrearía la nota de execracion en el cielo y entre los hombres. La palabra *indiferentismo* en punto á Religion, es mirada todavía entre nosotros, si no con todo el horror que se merece, al menos con el suficiente para abominar todos de él con un odio implacable. Aversion justa, que debemos conservar igualmente al protestantismo, de donde trae su origen, porque si cabe ésta reclama con mayor motivo nuestro enojo.

Yo por mi parte tengo al indiferentismo por menos malo que al protestantismo bajo cierto aspecto. Aquel anuncia desastres para la nación que trata de admitirlo, al paso que este otro anuncia el término de los padecimientos, causado, si no por el convencimiento al menos por la fatiga. Ved dos rivales que se citan al campo para vengar sus mútuas ofensas, y, esgrimiendo sus espadas, se baten y se hieren hasta que desfallecen, abandonados mas de sus fuerzas que de su corage. Ved tambien cómo en seguida, al enfriarse sus heridas, el dolor obliga á dar treguas al despecho, y los mismos que parecian implacables enemigos, ya no tratan de volver á las manos aun cuando no desistan de su empeño; y quizá, obrando la razon, terminan la contienda con algun honroso acomodo. En la lucha de los partidos religiosos, la introduccion del protestantismo es la voz de reto que avisa á los católicos para que se pongan en guardia; el filosofismo es la lucha, y el indiferentismo la fatiga ó la calma de la sangre fria, producida mas bien por el dolor que por la razon. Ved aquí por qué digo que bajo cierto aspecto tengo por menos malo el indiferentismo, en cuanto que éste anuncia la terminacion de las fatigas y es prelude de la verdadera calma.

Han querido observar algunos que las cosas humanas se revuelven en un continuo círculo, por lo cual han comparado los sucesos del mundo visible á la culebra mordiendo la cola, geroglífico con que los egipcios representaban la eternidad. Otros los han comparado á la péndola de un reloj, que pasa siempre de un extremo á otro y vuelve en seguida al anterior. De este modo, segun ellos, la tiranía trae siempre consigo la república; y vice versa,

el exceso de libertinaje es el precursor mas seguro del despotismo, que concluye con la oscilacion. Pero yo creo que mejor se pudieran comparar á la naturaleza misma: porque así como las estaciones se suceden por un círculo continuo, del que no pueden salir, y al finalizar el invierno, en vez de sentirse un frio intenso y glacial que concluyese de paralizar nuestra máquina corporal se insinúa el fuego vivificador de la primavera, que reanima la naturaleza, así en el mundo moral la frialdad del indiferentismo anuncia seguramente el fuego sagrado, el piadoso entusiasmo de la Religion católica. Esto parece á primera vista una paradoja, pero yo llamo en mi apoyo á la experiencia, que es el argumento mas convincente.

Volved la vista á la Europa, como igualmente al nuevo mundo, y los vereis que resucitando del letargo religioso y del indiferentismo en que yacian, luchan por todas partes, desentendiéndose de los sistemas políticos y de sus brillantes teorías, que, desacreditadas ya, no sacian su imaginacion, y buscando por todas partes la verdad, solo hallan descanso y solaz en los principios eternos é infalibles del catolicismo: Mirad la Francia, que abdica sus errores y procura enmendar con su religiosidad las faltas pasadas y sus funestos desvaríos, cual pecadora penitente, que se arroja á los cancelos de la Iglesia para reparar con la publicidad de su enmienda el escándalo de sus extravíos: miradla erigir soberbios templos, y rivalizar con la antigua Grecia en la grandiosidad de sus Partenones; vedla correr en pos de un sacerdote que se le presenta vestido con los hábitos de *Guzman*, ved á los sacerdotes seculares abrir en la *Vendée* las silenciosas bóvedas de las abadías de San Benito, que tienen menos piedras que recuerdos literarios; ved, finalmente, cómo envia sus hijos hasta las remotas playas de la *Oceanía*, cual si quisiera llevar las noticias de la verdad aun á los puntos donde no llegara el eco de sus errores.

Desde *Nueva-York* hasta *Chile*, desde las heladas llanuras de *Siberia* hasta las incultas sábanas que atraviesa el *Mississipi*, en Inglaterra, en Holanda, en Armenia, en Africa, en el mundo todo, el catolicismo comprimido vence, arrolla, triunfa, y lleva escrito sobre su frente el misterioso lema: *Post fata resurgo*.

Sí, porque solo al catolicismo es dado regenerar las naciones; porque solo él puede, por un decreto especial de la Providencia en favor suyo, alterar las órdenes imprescriptibles de la naturaleza, siendo la única cosa que goza en la tierra de la duracion continua é interminable de la eternidad, viendo correr y pasar ante sus ojos los sucesos sublunares que llegan, pasan y se disipan, quedando él inmóvil; porque está escrito que las puertas del infierno serán impotentes contra la Iglesia, y que sus esfuerzos se estrellarán contra ella, como se estrella la furia del mar contra la roca que combate en vano. Y esta duracion, y esta alteracion continuada de las leyes del mundo moral, es un milagro continuo que hace en su favor quien se lo concedió y pudo concedérselo: el mismo que condenó á las naciones que por sus iniquidades abandonasen aquel sistema fijo y seguro, á recorrer presurosas y desacordadas la carrera del mal; á pasar del catolicismo á la heregía, de la heregía á la incredulidad, de la incredulidad al indiferentismo; y al llegar á este disolverse sin remedio, ó volver á la creencia de sus padres despues de haber satisfecho la cólera celeste.

¿Y será por ventura la España, nuestra católica España, la que quiera

salir de su recinto y recorrer el periodo del mal, arrostrar su terrible influencia, y marchar en busca de una felicidad quimérica, que semejante á las apariciones fantástica, se disipará entre sus manos al tiempo mismo de abrazarla? No fuera mejor hacer por el contrario que los verdaderos españoles de consuno trabajen todos para reducir por caminos razonables á los pocos hijos descarriados, y volverlos al gremio de la verdadera Iglesia, librándolos del indiferentismo religioso en que intentan precipitarlos aquellos que incitan á los fieles á la heregía, cuyo solo nombre horroriza á todo buen español?

¿Pero quién no se llenará de indignacion al escuchar las insolentes palabras que desde Gibraltar, desde esa peña de infanda memoria para España, lanza el protestante *Rule* contra el clero español y católico, y contra nuestra unidad de culto? ¿Puede darse mayor necedad que decir: "que su intolerancia está en pugna con las mejores instituciones políticas?" Permítase en hora buena la libertad de cultos en donde estén introducidos, y una tolerancia prudente en los términos que la admite el ministro francés en la tercera parte de esta traduccion; pero admitir la libertad de cultos donde no ecsiste, ¿cómo probará el ministro protestante que es contra ninguna buena institucion? Esto sería lo mismo que decir á un padre de familia: tus hijos están discordes sobre el gobierno de la casa, pero convienen respecto á sus opiniones religiosas; por tanto es preciso que permitas inocularles otras estrañas, para que haya otro nuevo manantial de discordias en tu familia. ¿Habrá alguno que acepte esta proposicion?

¿Y desde cuando preconizan esa tolerancia los ministros protestantes? ¿Por qué no hablaban ese mismo lenguaje á principios de este siglo, cuando aun estaban en su vigor las execrables leyes de proscripcion contra los católicos (leyes que se citan como monumentos de la mas horrenda tiranía), cuando los católicos irlandeses gemian en la mas horrenda esclavitud, y en sus famélicos trasportes envidiaban la suerte de los perros de sus lores? ¿Ha olvidado acaso *Rule* que el ensanche que gozan en el dia estos infelices, lo ha concedido el gobierno á duras penas y contra su voluntad, aterrado por las enérgicas y amenazadoras espresiones y la imponente actitud del *rey de los mendigos* (*Oconnell*)?

Ahora que la universidad de *Oxford*, la primera universidad del protestantismo, lucha con sus antiguas creencias, abdica sus errores, y acoge con entusiasmo las prácticas consoladoras del catolicismo, ¿se querrá desalojar á éste de nuestras cátedras, erigidas y dotadas casi todas con las rentas del clero católico? ¿Querremos dar una prueba mas para confirmar los sarcasmos de los estrangeros al decir que vamos atrasados en medio siglo, y que cual míseros mendigos acogemos las prácticas y opiniones que ellos desechan?

Vuelve en tí, España, despierta por fin de tan prolongado letargo, y renueva los dias felices que te dieron los Alfonsos y Fernandos, los Guzmanes y los Córdovas, los Albas y los Bazanes. Recuerda lo que fuiste y lo que eres; recuerda aquel brillo magestuoso con que orlabas tu frente en los dias de tu gloria y poderío. ¿Qué has hecho de la fe, que te daba héroes en vez de hijos, y triunfos en lugar de combates? ¿Qué has hecho de la fe, que te conducía al través de los mares cuando un puñado de almogávares hacian temblar á todo el Asia, y los soldados de Cortés derrocaban el imperio de Motezuma? ¿No fué el catolicismo el que condujo tus campeones á las orillas del *Darro*, y tremoló la cruz al par del *leon* sobre los muros de la *Alhambra*? Perdida aquella brillante aureola, tus hijos se hallan degradados:

valientes contra sí mismos, divididos en pueriles discordias, ocupando un lugar ignoble á la faz de las naciones, vendidos á estrañas influencias, postergados, abatidos, degenerados, se arrastran en el polvo, y cual planta parásita vegetan agarrándose á cualquier rama que les ofrece apoyo.

Libertad se grita á todas horas; libertad repite el eco por todos los ángulos de España: y ¿qué? ¿Debe acaso España su libertad á las doctrinas de la reforma? ¡Ah! ¿Qué religion profesaban nuestros padres cuando conquistaron la libertad física que les arrancara el impío sarraceno? ¿Qué Religion fué la que condujo la España al combate cuando el ambicioso *Corso* trató de uncirla al carro de su triunfo? Pero... ¿no fué en todos tiempos la Religion católica la que imbuyó á los españoles en el respeto á las leyes y amor al órden, que son las verdaderas garantías de la libertad moral? ¿Qué socorros ha debido la España á los hijos de la *confesion de Ausburgo*? ¿Qué hacian sus sectarios mientras los tercios de Castilla afianzaban en *Lepanto* la independencia de Europa?

Y ahora, que los protestantes de buena fé buscan los medios de entrar en una transaccion amistosa (si es que cabe) con la Santa Sede, y cuando algunos de ellos publican en obsequio suyo escritos con que se honraria la pluma de un buen católico, ¿querrá la España divorciarse de la unidad religiosa en que siempre ha vivido, y dar un escándalo á la Europa católica y al mundo todo? Ahora que los hombres mas sensatos de aquellas sectas, abdicando sus ideas desorganizadoras, tributan el debido homenaje á las máximas conservadoras del catolicismo, y espantados del egoismo vergonzoso que domina á sus prosélitos, vuelven la vista á las verdades católicas, consoladoras á la par que celestiales, ¿querremos, pues, desarrollar entre nosotros ese espíritu de mezquino interés que, abusando de la palabra *economía* con que trata de encubrirse, corroe las entrañas de los protestantes y se revela hasta en sus acciones exteriores?

Tiempo es ya de que dejemos de ser el ridiculo de los estrangeros y el juguete de sus arterias y caprichos: elevémonos sobre la posicion humillante en que nos hallamos colocados: renovemos aquellos dias en que nuestros padres eran verdaderos católicos á la par que buenos españoles: volvamos á sus costumbres y creencias, si queremos volver á sus glorias y sus triunfos; y convenzámonos por fin de que no hay libertad sin órden, ni órden sin moralidad; y que la España perderá todas tres cosas en el momento en que pierda la unidad religiosa, representada en ella por la Religion Católica, Apostolica Romana.

FIN.

